

HACIA UN ABORDAJE DE LA PROBLEMÁTICA DE LOS USOS DEL LENGUAJE EN LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS DESDE UNA MIRADA CULTURAL

María Cecilia Reviglio

Universidad Nacional de Rosario / CONICET (Argentina)
ceciliareviglio@arnet.com.ar , ceciliareviglio@hotmail.com

Resumen

Actualmente, el uso particular que los jóvenes hacen del lenguaje es una temática que ocupa a profesionales de las diversas disciplinas de las ciencias sociales. El artículo se propone un acercamiento a la temática desde la perspectiva de los estudios culturales en un intento de aportar elementos para comprender sus ideas, modos de vida, representaciones, aspiraciones, en fin, su cultura.

Palabras clave: uso del lenguaje, jóvenes, estudios culturales.

Introducción

Los estudios sobre juventud tienen una larga tradición en las ciencias sociales desde inicios del siglo XX. La preocupación por indagar las cuestiones propias de la vida del joven es casi tan larga como su existencia, ya que fue en los albores del siglo pasado que modificaciones en las instituciones sociales como la escuela y la familia, dieron lugar al nacimiento de una generación con una cultura propia, construida como respuesta a aquella propuesta por los adultos y en reclamo de mayor protagonismo en la escena pública. Así, la Antropología, la Sociología y las Ciencias de la Educación han dedicado extensos estudios para intentar comprender, en cada época, las características de ese colectivo que parecía habitar el mundo de un modo particular e intentaba imprimirle su sello.

Actualmente, entre otras cuestiones sobre la juventud, el uso particular que los jóvenes hacen del lenguaje es una temática que ocupa especialmente a educadores y lingüistas. La brecha aparente entre los modos de uso del lenguaje de los jóvenes y de los adultos se presenta como uno de los factores que dificultan la comprensión intergeneracional. Por otro lado, el modo en que la apropiación del lenguaje tiene lugar en este grupo social es otra de las claves para comprender sus ideas, modos de vida, representaciones, aspiraciones, en fin, su cultura.

Un recorrido por los modos iniciales y actuales de abordar la cultura juvenil y el repaso de las tradiciones que se ocupan de la temática, permitirá, momentáneamente, apartar la relación entre jóvenes y lenguaje de las teorías lingüísticas para ensayar una aproximación desde la perspectiva subcultural, que lejos de intentar juicios valorativos relativos a la pertinencia, corrección o riqueza de los usos del lenguaje, intente comprender el alcance del mundo que los jóvenes construyen a través del uso de su lengua materna.

La juventud desde la antropología de las edades

La Antropología se ha ocupado largamente de las problemáticas generacionales. La edad y el sexo fueron considerados principios universales de organización social y, en este sentido, unos de los aspectos más básicos de la vida humana. Desde la perspectiva antropológica, la edad se considera una construcción cultural, en tanto el modo de fragmentar en períodos de edad la vida de los sujetos y el significado y pautas de comportamiento, obligaciones y derechos que se les otorgan, son definidos cultural e históricamente (1). Así, se comenzarán a esbozar con mayor claridad, los campos de las Antropologías de la infancia, de la edad adulta, de la ancianidad y, lo que será asunto de este artículo, de la juventud, todas ellas enmarcadas en la línea que se dio en llamar Antropología de las edades.

En la tercera década del siglo XX aparecieron los primeros estudios antropológicos de la juventud: si bien se abordaba la problemática en sociedades primitivas, paralelamente, tomaban relevancia las problemáticas urbanas en relación con los grupos adolescentes. Esto lleva a considerar a los jóvenes protagonistas de un colectivo particular que se conforma al modo de una cultura: surgen, entonces, los estudios sobre culturas y subculturas juveniles. Desde la perspectiva subcultural –a partir de la cual una subcultura es pensada como un grupo social que no se siente representado por la cultura dominante y adopta, por tanto, formas de expresión propias por medio de las cuales resisten el orden dominante– el factor contestatario o revolucionario no estaría colocado exclusivamente en elementos de carácter económico, sino también y novedosamente, generacionales. Este criterio de clasificación de los grupos sociales según edad, corre del centro del análisis al factor económico -la clase- y coloca el

eje en la cuestión generacional, es decir, una categoría “que agrupa a los individuos según las relaciones que mantienen con sus ascendientes y sus descendientes y según la conciencia que tienen de pertenecer a una cohorte generacional” (2).

Desde esta perspectiva, el trabajo de Margaret Mead sobre los adolescentes de Samoa, en 1925, se encuentra entre los primeros estudios sobre juventud. Paralelamente, Robert y Helen Lynd realizaron un estudio sobre los “collage-boys de las high-schools” en una ciudad pequeña del oeste americano en el cual descubrieron que la escuela se había convertido en un espacio de sociabilidad integral, un lugar con una lógica propia y un uso exclusivo de los jóvenes. Estas miradas reconocieron en el elemento generacional un factor principal respecto de la clase social. De todos modos, creemos que es posible, incluso, pensar la clase y la generación en forma combinada, ya que ambos aspectos dan lugar a un tipo de experiencia y pensamiento particulares que impactan en el modo de actuar en sociedad (3).

A partir de estos estudios inaugurales y a lo largo de las décadas, los jóvenes fueron los depositarios de múltiples consignas, esperanzas, responsabilidades, desencantos, calificativos. Podríamos comenzar –partiendo de la taxonomía propuesta por Feixas– por la idea de juventud como metáfora del cambio social ya en la segunda década del siglo XX. En la década del treinta, en cambio, los jóvenes habían mutado en “rebeldes del swing” en un intento de zafarse del corsé autoritario de los años treinta en la Europa pre-nazi. La segunda Guerra Mundial se retiró dejando a los jóvenes convertidos en sujetos escépticos y despolitizados, como si esta sensación de desazón fuera exclusiva de la edad y no de la época, para reconvertirlos en los años cincuenta en rebeldes sin causa en pleno auge de la edad joven, y en medio del descubrimiento de espacios con normas diferentes a la sociedad adulta. Los años sesenta, impregnados del Flower Power, colocaron a los jóvenes en el rol de la nueva clase revolucionaria. Estos jóvenes “puros”, pacifistas, portavoces de consignas de amor y paz, se transformaron en punks en los setenta y llegaron desencantados a los ochenta, de la mano de tasas altísimas de desocupación y la desaparición de las ideologías contraculturales. Ser joven significaba a partir de ese momento, “experimentar la errancia del destino incierto” (4).

¿Cuál es la imagen social del joven de hoy? ¿Escéptico, despolitizado, vanguardista, contestatario, desideologizado? Al parecer, nada de esto podría afirmarse ni negarse enfáticamente. Lo novedoso de esta generación llamada generación Red por algunos autores (Ibídem: 13) es la marca de las Nuevas Tecnologías de la Comunicación y la Información: los adolescentes actuales son parte de la primera generación nacida en la era digital, con el impacto cultural que eso supone. Estamos en presencia de un tiempo de surgimiento de microculturas juveniles que no son necesariamente contestatarias.

Los estudios culturales ingleses y la problemática de la juventud

Otro enfoque posible para las problemáticas de la juventud en la actualidad es la perspectiva heredada de los Cultural Studies británicos. Si bien el grupo de trabajos pasible de ser listados bajo esta categoría es amplio, podemos encontrar dos cuestiones centrales que nos permitirían incursionar en la temática mencionada desde esta perspectiva: el antecedente de estudios sobre la problemática juvenil inscriptos en la tradición birminghamiana y el concepto de “subcultura”.

Como antecedente directo, podríamos citar los trabajos de Stuart Hall sobre los grupos de juventudes de posguerra en el Reino Unido. En este escrito, el autor jamaicano se ocupa de investigar cómo ciertos rituales juveniles podrían ser pensados en términos de modos de resistencia y darían lugar a la aparición de una “subcultura juvenil”. De este ejemplo, podemos inferir dos cuestiones. En primer lugar, éste y otros trabajos marcan un interés de los estudios culturales por el universo social de los jóvenes y los modos en que se expresa en el conflicto entre generaciones. Con él, se inaugura un nuevo terreno de análisis en la tradición del Cultural Studies. A partir de entonces, la evolución en las sociabilidades familiares y el tema de la desviación formarán parte del programa de trabajo del centro. En segundo lugar, en el mismo ejemplo, podemos advertir que la subcultura es la perspectiva desde la cual el mundo juvenil será abordado. En este sentido, puede hablarse de una preocupación por lo subalterno que, excediendo a la cuestión de la clase, también se relaciona con el género, la etnia y la edad. Este último factor –la edad– es el que intentaremos abordar en el presente artículo.

Ahora bien, ¿cuál es el alcance del término “subcultura” para la tradición de los Estudios Culturales? Por otro lado, ¿qué es hoy un joven?, ¿qué, una subcultura juvenil? Antes de responder estos interrogantes, intentaremos trazar un recorrido breve por los conceptos de cultura inscriptos a lo largo de esta tradición. Hall distingue dos paradigmas operando en los estudios culturales: por un lado, la corriente culturalista representada principalmente por Raymond Williams y Edgard Thompson y por otro, más tardíamente, el arribo del estructuralismo que, irrumpiendo en escena, generó un cruce por momentos contradictorio, por momentos complementario con la vertiente culturalista.

Dentro de cada una de estas corrientes, se han construido muchas y diversas categorías de cultura que constituyen un campo tan rico como complejo, plagado de tensiones, que hacen que en la actualidad, continúe en estado de indeterminación. No obstante, es posible encontrar los puntos comunes dentro de cada una de estas líneas. La culturalista, por ejemplo, “conceptualiza a la cultura como imbricada con todas las prácticas sociales; y a estas prácticas, a su vez, como manifestaciones comunes de la

actividad humana: práctica sensorial humana, la actividad a través de la cual hombres y mujeres hacen la historia. (...) Define a la cultura como los significados y los valores que emergen entre grupos y clases sociales diferenciados, sobre la base de sus condiciones y relaciones históricas dadas, a través de las cuales *manejan* y responden a las condiciones de existencia; y como las tradiciones y prácticas vividas a través de las cuales son expresadas esas *comprensiones*, y en las cuales están encarnadas” (5). Si la cultura está compuesta por los modos de vivenciar las condiciones de vida, la relación entre cultura y modo de producción es explícita. En este sentido, esas condiciones están determinadas por el modo de producción, forma también de cultura.

El estructuralismo, en cambio, ha mirado desde otro lugar a las cuestiones culturales. Desde esta perspectiva, cultura son “las categorías y los marcos de referencia del pensamiento y el lenguaje a través de los cuales las diversas sociedades hacían la clasificación de sus condiciones de existencia” (6). En este sentido, este enfoque considera los fenómenos culturales como elementos de una estructura que da cuenta de un modelo. Levi-Strauss, principal pensador antropológico de esta corriente, parte de la constatación de que los seres humanos creamos esquemas mentales para responder a los estímulos de nuestro mundo. “La cultura, por tanto, es simplemente eso, el conjunto de características propias (estructurales) de grupos humanos que comparten un modelo de vida, de pensamiento y de costumbres. Este es el significado de expresiones como *cultura indígena*, *cultura juvenil*, *cultura urbana*, etc.” (7).

En el abordaje de las problemáticas culturales existen diferencias casi insalvables entre ambos paradigmas. Al respecto, Marafioti consigna que “...mientras que en el paradigma humanista la cultura es vista como anclada en la subjetividad de los actores sociales, en su *experiencia vivida*, como decía Raymond Williams, en el paradigma estructuralista la cultura es un producto anclado en aparatos institucionales y posee, por tanto, una materialidad específica” (8). Por su parte, desde el corazón del centro de Estudios Culturales de la Universidad de Birmingham, Hall destaca entre ellas, la concepción de sujeto, en la primera como agentes activos productores de su historia y en la segunda como poseedores de estructuras que los hablan. No obstante, sostiene asimismo que es posible pensar puntos de convergencia en lo que él considera los paradigmas seminales de los Estudios Culturales e incluso que la línea más adecuada para pensar el campo de estudio de la cultura es precisamente la que combina los mejores elementos de los esfuerzos culturalistas y estructuralistas, a través, por ejemplo, de concepto gramsciano de Hegemonía.

Volvamos a los interrogantes iniciales: el alcance del término “subcultura” para la tradición de los Estudios Culturales y la pregunta por el significado que tiene hoy ser joven y en tanto, cómo se define una subcultura juvenil. Citaremos a Hebdige para decir que las subculturas son “formas expresivas; lo que expresan en última instancia, sin embargo, es una tensión fundamental entre quienes ocupan el poder y quienes están condenados a posiciones subordinadas y a vidas de segunda clase. Esta tensión se expresa figurativamente en forma de estilo subcultural. (...) Forma de resistencia donde las contradicciones y las objeciones experimentadas ante esa ideología reinante se representan de manera sesgada en el estilo” (9). Esta conceptualización pareciera permitirnos considerar subcultura a las formas expresivas de la juventud y, entre ellas, al uso del lenguaje. Pero analicemos con mayor profundidad las razones ya que, una primera objeción puede estar colocada en que la condición subalterna de los jóvenes no se presenta con tanta claridad en la actualidad. Hoy la juventud parece haberse constituido en un modelo valorativo que guía las aspiraciones de grandes colectivos más allá de la franja de edad a la que pertenezcan. Si hoy la juventud puede ser pensada como modelo, en tanto todos quieren serlo o bien, parecerlo (10) ¿dónde radicaría su condición de subordinación y respecto de quién? El catalán Carles Feixas responde esta cuestión apuntando que aun los jóvenes pertenecientes a clases dominantes, tienen “escaso control sobre la mayor parte de los aspectos decisivos en su vida, y están sometidos a la tutela de instituciones adultas” (11), aunque esta situación pueda ser calificada de transitoria, ya que abandonarán esta condición con el paso a la edad adulta. Desde esta perspectiva, podríamos hablar de una subcultura juvenil que estaría expresándose con formas propias, construidas con la intención de diferenciarse y contraponerse a la cultura parental constituida como ideología reinante.

Más allá de la pertinencia de esta mirada, resulta insoslayable recordar que la perspectiva adoptada por los Estudios Culturales para abordar esta problemática ha sido blanco de diversas críticas: en primer lugar, más allá de la visibilidad que le intentaron dar los intelectuales de Birmingham a la cuestión generacional, la variable clase social siguió siendo central en la definición de la problemática y, sobre todo, en la definición de subalternidad. En este sentido, los estudios sobre juventud enraizados en esta vertiente, se ocuparon de los jóvenes provenientes de hogares obreros más que de aquellos de clase media. Asimismo, se le critica que en el análisis de las particularidades del mundo de los jóvenes, el mundo adulto en tanto culturas parentales a las que se les otorga importancia teórica, no fue analizado empíricamente. Finalmente, que el interés por la cultura juvenil en los intelectuales de Birmingham estuviese centrado en las anomalías, y por tanto sus análisis versaran sobre situaciones problemáticas, dejaron un vacío en torno a las cuestiones de la cotidianidad juvenil, tan importantes como las “desviaciones”.

Sin embargo, los aportes de esta escuela son un recorrido obligado al momento de revisar los antecedentes de la problemática. Tanto los conceptos de cultura con los que han trabajado a lo largo del desarrollo de su tradición como los abordajes que de la

juventud han hecho son piedras angulares en la temática y han permitido, también, continuar las indagaciones extendiéndolas hacia la vida cotidiana, eslabón que parecía faltar en las investigaciones sobre juventud.

Un abordaje integral de la cuestión

¿Cómo indagar desde esta perspectiva el uso particular del lenguaje que hacen los ingresantes a la Universidad hoy, y en particular en Argentina? La identidad de las culturas juveniles se estructura alrededor de cinco grandes factores: la generación, el género, la clase, la etnia y el territorio y se presentan en el espacio público a través de imágenes culturales: la construcción de un estilo, es decir, “una combinación jerarquizada de elementos culturales (textos, artefactos, rituales).” (12). El lenguaje es, precisamente, uno de los elementos que componen el estilo.

Es común observar un uso singular del lenguaje en los grupos de jóvenes que parecieran estar construyendo casi intencionalmente un código propio, opuesto al utilizado por los adultos, con metáforas y juegos lingüísticos particulares y términos prestados de jergas marginales, extrañas incluso a las condiciones sociales de las que provienen. “Lo primero que se ve inducida a cambiar una subcultura es el vocabulario, pero sólo en ciertas áreas que son centrales a su actividad” (13). El fin de la construcción de una jerga propia, en este caso, de los jóvenes, está relacionado con la reafirmación de la pertenencia a un grupo sociocultural distinto.

Actualmente, sin embargo, estas características que podrían pensarse comunes en los jóvenes de todas las épocas, son insuficientes para intentar dilucidar este mismo componente del estilo juvenil en los inicios del siglo XXI. Por un lado, es imposible perder de vista lo que apuntamos anteriormente, acerca de que esta generación de jóvenes, bautizada por Feixas “generación red” es la primera educada en la cultura o ambiente digital. Esta novedad ha producido, incluso, que algunos autores diferencien la generación “before computer” de la “after computer”. El componente que hoy diferencia a la juventud actual de las anteriores es claramente el tecnológico y la utilización de estas tecnologías de comunicación e información no sólo deja huellas en el modo singular de apropiación y utilización del lenguaje de los jóvenes de principios de siglo XXI, sino que configura modalidades novedosas de constitución de los vínculos.

En segundo lugar, y tal vez en relación con la primera cuestión mencionada, es frecuente observar rasgos propios del lenguaje coloquial juvenil en registros que parecen los no adecuados. En este sentido, nos permitimos cuestionar para la época actual, la afirmación de Rodríguez González referida en el párrafo anterior acerca de que los cambios en el vocabulario se dan sólo en las áreas propias ya que no se evidencia con tanta claridad en los jóvenes de hoy.

Sobre el primer tópico, diremos que es interesante revisar cómo los jóvenes construyen los vínculos entre sí a través del lenguaje mediatizado por el chat y por los Short Messages Services (SMS) de los teléfonos móviles, como ejemplos más representativos. Al respecto, un trabajo interesante de Palazzo (14) sobre la interacción de los jóvenes en un canal de chat devela cómo operaciones discursivas que a simple vista parecieran ser descorteses o insultantes, lejos de tener este efecto, producen una mayor cercanía con el interlocutor (15). “La aparente descortesía no es concebida en muchos casos como tal por los hablantes del chat, ya que representa un signo más de diferenciación de los adultos y de los niños” (16). A raíz de estas consideraciones, la investigadora concluye que la cortesía entre los jóvenes en el chat es un efecto discursivo vinculado al reforzamiento de relaciones afectivas y sentimientos de pertenencia a un grupo. Es en este sentido que podemos afirmar, entonces que es posible abordar la relación entre los jóvenes y el uso del lenguaje desde la mirada subcultural en tanto esta perspectiva nos desvía el peso de las cuestiones más puristas sobre la lengua y nos acerca no sólo a la cuestión de la construcción de una identidad de grupo en respuesta a otra, sino que incluso nos permite reflexionar sobre la construcción social de sentido dentro de las fronteras de un grupo social y analizar lo que ocurre cuando estos modos grupales, trascienden sus fronteras y se encuentran con otros donde no son bienvenidos.

Sobre el segundo tópico, la presencia de rastros de la práctica de la escritura en el chat en registros escritos tradicionales e incluso formales como un examen, un texto académico, una carta formal, no es excepcional: uso intensivo de la jerga, tecnolectos, formación de palabras que mixturan el castellano con otros idiomas como el inglés, sobre todo, distintos modos de truncación de palabras en una suerte de construcción nueva de abreviaturas, invención de vocablos nuevos, entre otras características suelen filtrarse en diferentes tipos de escritos.

En los ámbitos universitarios, la preocupación por una “correcta” utilización del lenguaje es una constante. La traslación que los jóvenes hacen de los códigos del chat o de los SMS a escritos de tipo formal e incluso a la oralidad es tema de debate e investigación. Al respecto, en un artículo sobre el tema, Silvia Betti pasa revista a las diferentes posturas acerca de los usos del lenguaje en los SMS y el modo en que esas modalidades contaminan otro tipo de registro. Si bien hay estudios que consideran que este modo de utilización del lenguaje sintético, basado en acrónimos prestados de Internet, fugaz, con ausencia de vocales, abreviaturas ad hoc, desaparición de tiempos verbales complejos, sintaxis en extremo sencilla, entre otras características,

empobrecen el uso del lenguaje y con él, el pensamiento, otros estudiosos hacen una valoración diferente. La creatividad es un rasgo que se destaca: “La *pobreza léxica* de la que se dice ser patente el lenguaje juvenil no deja de estar acompañada por una creatividad que es capaz de ofrecer connotaciones fuertes y diferentes a cada enunciado, hasta convertir a esta variedad en uno de los mejores ejemplos de *lengua viva*, en constante ebullición, y a sus hablantes en los poseedores de las claves de su continua e inquieta evolución” (17). Asimismo, la autora destaca que los jóvenes de hoy, a partir de estos dispositivos tecnológicos, han recuperado el placer de escribir y que esta práctica, con las características que adquiere en el soporte pantalla – tanto de un móvil como de una PC en una sala de Chat- los ayuda a sentirse menos solos.

De todos modos, lo que parece interesante en el planteo de Palazzo es la identificación del lenguaje de los SMS como un lenguaje juvenil. “El aspecto que más acerca el lenguaje de los SMS a las variedades juveniles es el carácter informal del intercambio comunicativo, señalado a partir de las formas de saludo, del amplio uso de apodos, del empleo de términos jergales, préstamos de otros idiomas, sobre todo del inglés, la mayoría, herencia de los chat de Internet, préstamos del mundo de la informática, entre otros” (18).

Algunas reflexiones finales

Diremos entonces que más allá de análisis lingüísticos sobre el lenguaje de los jóvenes, es posible acercarse al mundo simbólico que ellos habitan a partir del conocimiento de los modos en que organizan y construyen la realidad a través de la apropiación del lenguaje y de la producción social –tribal en este caso– de discurso.

Observar el registro de lenguaje como si fuera una nueva lengua puesta en acto, tratar de comprender esos desplazamientos a los que hacíamos referencia anteriormente, en tanto modos de expresión de una cosmovisión particular, nos permitirá alejarnos de miradas puristas sobre la lengua que anteponen la corrección y precisión del lenguaje a la función comunicativa y social que comporta.

Los jóvenes han constituido y siguen haciéndolo una forma cultural propia que es particular de cada época. Son expresión del tiempo que los vio nacer y socializarse. Actualmente se enfrentan con un mundo en cambio permanente y una sociedad perpleja ante la velocidad de los acontecimientos. “Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”, dijo alguna vez Ludwig Wittgenstein. Seguramente, el lenguaje juvenil que por momentos se nos antoja sin reglas, cambiante, incomprensible nos está tratando de decir algo sobre esa perplejidad social, sobre el modo en que los jóvenes la incorporan a sus vidas y la transitan. Analizar sus discursos teniendo en cuenta estas cuestiones, nos ayudará, más que a escudriñar su lógica simbólica, a dar cuenta del mundo que ellos ven y que habitan, seguramente diferente del resto de sus contemporáneos.

Notas

- (1) Cfr. Feixa, Carles: “Antropología de las edades” en Prat, J. & Martínez, A. Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat. Barcelona. Ariel. (1996) Disponible en www.cholonautas.edu.pe. (visitado el 16/07/08)
- (2) Ibídem. Pág. 3.
- (3) Aunque una de las críticas que se le hicieron a los estudios sobre juventud de la Escuela de Birmingham se fundaran en el protagonismo de la cuestión de clase social como factor explicativo del surgimiento de las culturas juveniles, es interesante destacar el modo en que articularon estos dos elementos para dar cuenta de una situación concreta: cómo la subcultura juvenil surge como intento de resolver las contradicciones de clase que no había podido superar la generación de sus padres.
- (4) Feixa, Carles. Op cit. Pág. 12.
- (5) Hall, Stuart: “Estudios Culturales: dos paradigmas”, en Causas y azares. Los lenguajes de la comunicación y de la cultura en (la) crisis, Nº 1. Buenos Aires, 1994
- (6) Ibídem, sin paginación.
- (7) Zecchetto, Victorino. La danza de los signos. Nociones de semiótica general. Buenos Aires. La crujía. 2003. Pág. 41.
- (8) Marafioti, Roberto: Sentidos de la comunicación. Teorías y perspectivas sobre cultura y comunicación. Buenos Aires. Biblós. 2005. Pág. 215.
- (9) Hebdige, Dick: Subcultura. El significado del estilo. Buenos Aires. Paidós, 2004. Págs. 180 y 181.
- (10) Al respecto, coloca Félix Rodríguez González: “Si hubo un tiempo en que la gente miraba a sus mayores como modelo a seguir en su forma de vida, sus modales, su lenguaje, a partir de ahora el mimetismo cambia de dirección y son los mayores los que imitan y pretenden parecerse a los jóvenes”. “Medios de Comunicación y Contracultura juvenil” en Círculo de lingüística aplicada a la comunicación (clac), Nº 25. 2006. Pág. 7. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en www.ucm.es/info/circulo/nº25.
- (11) Feixa, Carles: De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud. Capítulo III. Barcelona. Ariel. 1999. Págs. 84-105. Disponible en www.cholonautas.edu.pe (visitado el 22/06/2008).
- (12) Ibídem. Pág. 14
- (13) Rodríguez González, Félix. OP. Cit. Pág. 17.
- (14) Palazzo, Gabriela: “¿Son corteses los jóvenes en el chat? Estudio de estrategias de interacción en la conversación virtual” en Revista TEXTOS de la

CiberSociedad, 5. Temática variada. Disponible en www.cibersociedad.net (visitada el 30/06/2008 2005: sin numeración).

(15) Al respecto cabe destacar la aclaración que realiza la autora acerca de que si bien existe un modo generalizado de usar el lenguaje en el chat impuesto o promovido por las características de esta tecnología y que da como resultado cierta adolescentización del adulto en sus prácticas discursivas en el chat, “hay un discurso juvenil que difiere del discurso adulto, que puede identificarse claramente en las conversaciones virtuales”. Palazzo, Gabriela, Op. Cit.

(16) *Ibidem*.

(17) Betti, Silvia. “La jerga juvenil de los SMS :-)” en Cuadernos del Lazarillo, Nº 31, (julio-diciembre), Salamanca, Spagna. Año 2006, sin numeración. Disponible en el Archivo del Observatorio para la Cibersociedad en <http://www.cibersociedad.net/archivo/articulo.php?art=226> (visitado el 2/6/2008)

(18) Palazzo, Gabriela. Op. Cit.

Bibliografía

Betti, Silvia “La jerga juvenil de los SMS :-)” en Cuadernos del Lazarillo, Nº 31, (julio-diciembre), Salamanca, Spagna. Disponible en el Archivo del Observatorio para la Cibersociedad en <http://www.cibersociedad.net/archivo/articulo.php?art=226> (visitado el 02/06/08) Año 2006.

Feixa, Carles: De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud. Capítulo III. Barcelona. Ariel. 1999. Págs. 84-105. Disponible en www.cholonautas.edu.pe (visitado el 22/06/2008)

Feixa, Carles: Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea en Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Vol. 4. 2006. Disponible en www.umanizales.edu.co/revistacinde/vol4/Carles%20Feixa.pdf (visitado el 01/07/2008).

Hall, Stuart: “Estudios Culturales: dos paradigmas”, en Causas y azares. Los lenguajes de la comunicación y de la cultura en (la) crisis, Nº 1. Buenos Aires, 1994.

Hebdige, Dick. Subcultura. El significado del estilo. Buenos Aires. Paidós. 2004.

Marafioti, Roberto: Sentidos de la comunicación. Teorías y perspectivas sobre cultura y comunicación. Buenos Aires. Biblós. 2005.

Palazzo, Gabriela: “¿Son cortesés los jóvenes en el chat? Estudio de estrategias de interacción en la conversación virtual” en Revista TEXTOS de la CiberSociedad, 5. Temática variada. Disponible en www.cibersociedad.net (visitada el 30/06/2008 2005: sin numeración).

Rodríguez González, Félix: “Medios de Comunicación y Contracultura juvenil” en Círculo de lingüística aplicada a la comunicación (clac), Nº 25. 2006. Págs. 5 - 30. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en www.ucm.es/info/circulo/nº25.

Zecchetto, Victorino. La danza de los signos. Nociones de semiótica general. Buenos Aires. La Crujía. 2003.

MARÍA CECILIA REVIGLIO

Es licenciada en Comunicación Social de la Universidad Nacional de Rosario. Desde 2002 es docente de la cátedra de Redacción 1 en la carrera donde se graduó. Ha desarrollado tareas de investigación en diversos equipos de la Universidad donde trabaja como docente. Actualmente, está cursando el doctorado en Comunicación Social en la UNR en el marco de una beca doctoral de Conicet.